

La píldora de cada día: anticoncepción, depresión e identidad femenina¹

Dr. Bethsabé Huamán Andía, Tulane University

Introducción

Rocío Silva Santisteban (Lima, 1963) formó parte del nutrido grupo de escritoras peruanas que confluyeron al inicio de la década de los ochenta y que ya destacaban entre los colectivos artísticos de la década del setenta. Su primer libro aparece en 1984, *Asuntos circunstanciales*; tres años después es distinguida con el Premio Copé de Plata por el poemario *Ese oficio no me gusta* (1987). En los años noventa Rocío Silva Santisteban publica *Mariposa negra* (1993) y *Condenado amor* (1996), e iniciado el siglo XXI, *Turbulencia* (2005) y *Las hijas del terror* (2007), por el cual se le otorga el segundo Copé de Plata.

Los primeros acercamientos críticos a su obra se dan como parte de la atención que las poetisas como colectivo recibieron en la generación del ochenta, dada su cantidad y diversidad. La primera antología de mujeres poetisas que incluye la generación del ochenta es realizada por Roland Forgues y Marco Martos (1989), bajo el desafortunado título *La escritura un acto de amor*, que invita a asociar toda la poesía peruana escrita por mujeres, –de la Colonia al siglo XX, que son los marcos temporales incluidos–, con la temática amorosa. Silvia Bermúdez reseñó el libro de Forgues y Martos precisando que “[a]l situar esta producción dentro de la geografía de lo emotivo-sensorial – de lo corporal– fuera de lo intelectual y por lo tanto de lo racional, el título implícitamente valida el sistema de ordenamiento de la realidad de la cultura occidental donde lo femenino, lo corporal y lo inconsciente han sido constantemente reprimidos y excluidos en aras de los valores universales de objetividad y racionalidad asociados con lo masculino”(303). El mismo tratamiento se encontrará en las antologías de José Beltrán Peña (1990) y Ricardo González Vigil (1999), que aunque son antologías generales, es decir mixtas, el comentario sobre las poetisas es siempre colectivo –como grupo– y asociado a lo afectivo y corporal, quedando todas homologadas con las mismas cualidades asociadas a su sexo, lejos de entroncarse con las generacionales, nacionales o “universales”.

Aunque los primeros comentarios críticos a la obra de Rocío Silva Santisteban se ven subsumidos en una lectura de conjunto que sólo puede llegar a generalizaciones que enfatizan asociaciones culturales de la mujer al amor y al erotismo, algunas importantes académicas lograron contrarrestar ese reduccionismo y conservadurismo teórico de la crítica literaria peruana. El más

¹ 16th Annual SouthEast Coastal Conference on Languages & Literatures, Georgia Southern University, Savannah, GA, April 2019.

importante estudio aparece en 1996, *Voces sexuadas. Género y poesía en Hispanoamérica* de Susana Reisz, dedicado a las poetas latinoamericanas pero con protagonismo hacia la poesía peruana. En dicho estudio Reisz reflexiona teóricamente sobre lo que viene a significar la poesía escrita por mujeres, en el escenario regional, y la lucha crucial que sus voces establecen sobre una visión sexuada de su poesía y lo que su poesía propone sobre la sexualidad. Reisz dijo en aquel momento: “Lo que cuenta, y lo que cohesiona a la mayoría de las escritoras del mundo hispánico en los dos últimos decenios, es el empeño por redefinir la feminidad en los propios términos y por cimentar una identidad colectiva fundada en la percepción de diferencias y desventajas”(22).

Huir del cuerpo

Estas diferencias y desventajas de la identidad femenina se pueden rastrear en el poema que inicia con el verso “Cada noche cuando saco una píldora y me la trago tengo irremediamente que pensar en ti”. Se trata del primer verso del poema “Asuntos circunstanciales”, que a su vez da título al primer poemario de Rocío Silva Santisteban. Este poema nos presenta la escena de una mujer y una pastilla que le hace pensar en su amante ausente “aún evitando distracciones no puedo dejar de escuchar tus pasos derrumbando el universo / no puedo dejar de latir”. La aparición del “tú” que propone una suerte de diálogo sordo entre el yo poético femenino y el tú masculino, ha sido señalado por Víctor Vich en su análisis de la poesía de Silva Santisteban, sobre la cual plantea “es, en efecto, una poesía que parte de la conciencia de ser un cuerpo inscrito en relaciones de poder, que observa el mundo desde el ángulo de la feminidad y que sostiene que toda identidad está siempre dirigida hacia un ‘otro’ con el cual se establecen relaciones de atracción y antagonismo”(192).

La alusión a una pastilla, si bien podría referirse a una diversidad de fármacos, considero que alude a la pastilla anticonceptiva, por dos razones: 1) la búsqueda de una identidad femenina basada en el reconocimiento de las diferencias y desventajas de género, como refiere Reisz; y 2) la consciencia del cuerpo femenino inscrito en relaciones de poder con el otro, como menciona Vich. Estas características de la poesía peruana y de la poética de Rocío Silva Santisteban, señaladas por los críticos Susana Reisz y Víctor Vich, respectivamente, se refuerzan con elementos textuales en el propio poema. Un primer elemento en dirección de una interpretación de la pastilla anticonceptiva es el hecho de que se trate de una acción cotidiana que debe repetirse diariamente. Esta constante invita al lector a pensar en un acontecimiento igualmente cíclico como la menstruación. El hecho de que tomar la pastilla sea el detonador para recordar al ser amado invita a relacionar la pastilla con la reproducción, con la necesidad sexual o simplemente con el deseo de aquel que no está pero que queda evocado, suspendido, en el acto de tomar la pastilla, en la acción cotidiana, constante e

infallible de la menstruación que enfrenta a todas las mujeres con su propio cuerpo, con su vida y con su identidad como mujeres. Ninguna mujer puede obviar o pasar por alto su capacidad reproductiva, una falla por mínima que sea puede tener consecuencias inesperadas: un embarazo, una enfermedad venérea, una infección vaginal.

En relación con la reproducción, la experiencia de los hombres es radicalmente diferente, como se señala en el poema “Todo para qué”, del libro *Turbulencia*, cuyos versos finales dicen:

En la cama me montó hasta tres veces
sonriendo, riéndonos, y durmió tranquilo.
Ahora yo: ¿qué debo esperar?
¿otra infección urinaria?
¿otra crema vaginal?

Las pastilla que el yo poético toma cada noche, que le recuerda a él, es una marca de esa diferencia, o de la indiferencia con la que el hombre puede dormir tranquilo mientras que la mujer sigue esperando los indicios, las consecuencias, los resultados o efectos colaterales del acto sexual. El poema “Asuntos circunstanciales” dice a este respecto, unos versos más abajo de los ya citados: “yo no soy quien para ser más / ni menos / soy la exacta imagen del espejo, pero al revés”. Si bien la concepción de un ser humano necesita tanto de la intervención masculina como femenina, la sociedad ha depositado la responsabilidad y cuidado de ésta en las mujeres. Las mujeres son fértiles sólo un día al mes, pero son ellas las que tienen que tomar pastillas anticonceptivas todos los días. Es importante que las mujeres puedan controlar la reproducción, al menos en teoría, pero el hecho de que sean ellas quienes deben cuidarse y vivir su sexualidad siempre en condicional a que no pase esto o aquello, o en vilo porque ocurra, es diferente a la concepción de la sexualidad masculina, que precisamente porque está libre de esas preocupaciones, es vivida libremente, al punto de que pareciera que el hombre no está sometido a los dictados de su cuerpo, casi como si fuera un ser etéreo, puramente abstracto, puramente cerebral. Como señala Elsa Grosz a este respecto: “Men are able to dominate knowledge paradigms because women take on the function of representing the *body, the irrational, the natural*, or other epistemologically devalued binary terms. By positioning women as the body, they can project themselves and their products as *disembodied*, pure, and uncontaminated”(42).

Las diferencias entre la sexualidad femenina y masculina se aluden desde el título del poema, ante la circunstancia completamente aleatoria, de nacer hombre o mujer y la constante interrogación por la identidad que el poema presenta, sobre todo en sus últimos versos:

pero también descontando los segundos que fui cayendo y tú no te atreviste a tropezar
conmigo
cada noche trato de hilar la maraña que fui y que seré si a un buen plazo puedo saldar las
distancias
inimaginables, es cierto, pero posibles de enhebrar con un poco de esperanza
aún no caigo en el juego y ya estoy enterrada hasta la última carta
hasta la última hoguera que quizás nunca prenderé
lo he dicho y no hay remedio para tratar de impedirlo
a cada noche su píldora, a cada mujer su madrugada

Si bien no se puede impedir ese vínculo con las mareas, con la luna, con el ciclo corporal, sí se le puede construir sobre valores y sentidos diferentes. La necesidad de dar sentido a una existencia desde el cuerpo pero no reducida al cuerpo, desde el deseo pero no reducida al deseo, es lo que posiblemente vuelve ante cada píldora y da vueltas en la madrugada, tratando de hilvanar una identidad posible. Como señala Françoise Héritier el invento más importante del siglo XX para las mujeres fue la píldora anticonceptiva, para los hombres fue la llegada a la luna. Héritier es clara al decir “[e]l acceso a la anticoncepción es para mí la palanca esencial de la emancipación femenina”(129). Por tanto, en esa búsqueda de identidad y de placer, se busca desligarse de lo reproductivo para aminorar las culpas sobre un mandato social que sólo ve en la mujer a la reproductora de la especie; la pastilla anticonceptiva es la que abre la posibilidad de ese diálogo antes impensable y da paso a esas posibilidades antes prohibidas. A este respecto, Víctor Vich señala que “la obra de Rocío Silva Santisteban observa la subjetividad femenina al interior de los lugares de poder en las que se encuentra inscrita (...) [e] intenta deconstruir las relaciones de pareja a fin de liberarse de aquellos mandatos que censuran el puro erotismo y los placeres del cuerpo”(193-194).

La pastilla anticonceptiva implica la necesidad de huir del cuerpo, de suspender la reproducción y dar así cabida a una vivencia del cuerpo, que como la masculina, no esté atada a la reproducción, que la ignore o sepa disimularla.

Huir de la verdad

Otra posible lectura de este poema es la que acertadamente plantea Koczkas, en la que nos encontramos ante una pastilla para dormir, interpretación que se basa principalmente en los siguientes versos: “y al secarme la cara o mojarme los ojos para disimular un tanto las ojeras te vuelvo a pensar”, o más claramente aún:

Cada noche soy y me reconozco debajo de las sábanas
debajo de la insistencia de volver a soñar y dormir tranquila sin baños termales
sin necesidad de recontar a las noventa y una ovejas y tener, al mismo tiempo, que pedirle
permiso al pastor

Incluso en referencia al insomnio que las ojeras, los baños calientes y el recuento de ovejas sugiere, hay un pastor al que hay que pedir permiso, para conciliar el sueño, es decir, una instancia de poder que juzga, que observa y que reprueba. El sueño, de este modo, es otro campo en el que se repiten las mismas diferencias de la identidad y de la sexualidad que marcaban un abismo entre hombres y mujeres. De ahí que aún pudiendo ser la pastilla un somnífero, se repite la constancia de una diferencia de la que se quiere huir, diferencia de afectos, de sentidos, de vivencias, que sólo pueden estar referidas al cuerpo, a la sexualidad, al género. En la lectura de la pastilla como somnífero, el poema “Asuntos circunstanciales” establece una relación intertextual con el poema “Larga marcha a través de la noche”, del poemario *Turbulencia*, como si se tratara de su continuación.

“Larga marcha a través de la noche” resalta la cercanía del amanecer y el lento transcurrir del tiempo que se marca con las horas, iniciando a las 4:15 de la madrugada y culminando cuando el día despunta a las 7:00am. A diferencia de “Asuntos circunstanciales” en que el yo poético recuerda al tú amado, aquí el primer verso propone la posibilidad de una ruptura: “¿Qué pasaría si ahora te dejara?”, para en la siguiente estrofa plantearse la circunstancia inversa “Y ¿qué pasaría si tú me dejaras?”. Nuevamente se establece una misma situación, pero al revés, dos vivencias que se tornan diferentes a causa de la identidad, primero fue la sexualidad en cuanto ejercicio reproductivo, luego fue el insomnio y ahora es la misma relación amorosa. En este último caso se produce lo que señala Vich “el ingreso a una dinámica de sufrimiento que suele terminar en una pulsión autodestructiva”(193), que nos llega mediante los siguientes versos:

Pienso por qué pienso todo esto
hay una ansiedad nerviosa que se desata negra

como la muerte misma
mi corazón sintiendo que tanta felicidad
es imposible
y que debe haber algo que me caiga
como una hacha para partirme el cuello.

Más allá del deterioro amoroso que las preguntas sobre la posibilidad de una ruptura ponen en primer plano, se abre la desconfianza sobre una relación amorosa que está condenada al fracaso, tal vez porque se establece desde los mismos parámetros que previamente el yo poético ha puesto en tela de juicio, los de roles inamovibles en los que la mujer está atada a la reproducción, la familia y la abnegación; y el hombre a la libertad, el placer y el egoísmo. El yo poético anhela esa libertad sexual, emocional que sabe que le caerá como un hacha porque disputa con el hombre su poder. El martirio continúa en la siguiente sección del poema, 4:45am:

Cierro los ojos: te imagino
y pienso que tanto es imposible
¿hay algo que deba castigarme
por ser feliz incesantemente?

Como el pastor que cuida las ovejas del descanso, del sueño reparador, juzgando, aquí aparece nuevamente el sujeto dispuesto a castigar no sólo con el insomnio sino con la infelicidad de haber sido feliz erradamente. ¿Pero qué es lo errado en esa felicidad que está condenada a escaparse entre las manos? La de una mujer que no se amolda a los parámetros y al no hacerlo disputa la supremacía masculina, haciendo de cada hombre amado un enemigo, por eso se repiten los versos:

Pero estoy con los ojos blancos desde las cuatro y media
acompañando el paso lento de la noche
lo dije hace veinte años y otra vez lo repito
con similares temores y en diferentes circunstancias
a cada noche su píldora, a cada mujer
su madrugada

De este modo se aúnan en su certeza, en su ineludible repetición la píldora y la madrugada, acopladas en la certeza del cuerpo, en la certeza de ser diferente, el insomnio de entender la diferencia fundamental por la que mujeres y hombres, como iguales, sólo pueden amarse momentáneamente y perderse luego uno al otro en la supremacía de un poder que es unívoco y que no puede ser dual. Pero esta vez, el poema plantea un desdoblamiento que permite la continuación del deseo y posterga las penas del olvido:

Ay, Rocío, cabezcaliente, entrégate
a lo más valioso del amor
y déjame a mí el miedo, el ansia, el grito que pretendes
ocultar bajo estas líneas

Es el poema, es la voz poética que recibe, que contiene, toda la angustia de una identidad que la sociedad invita a vivir como culposa, cuando se entrega, cuando siente, cuando goza, cuando es feliz, pero que no deja de doler.

Huir de la realidad

De ese dolor producto de la culpa y la marca de la fatalidad podemos aventurar una tercera función de la presencia de la pastilla, los fármacos, en la poesía de Rocío Silva Santisteban, aquella que la ayuda a huir de la realidad, los ansiolíticos, que se presenta sobre todo en el contexto de la guerra interna, retratado en el poemario *Las hijas del terror*, el cual se ubica en los años ochenta peruanos. Aunque se trata de diferentes males, en su mayoría, todos ellos están asociados con las insatisfacciones femeninas respecto de una sociedad que margina a las mujeres, que las vuelve histéricas y las controla para que acepten preceptos sociales que las limitan. El poema “Buenas noches, señora Indiferencia”, de *Las hijas del terror*, precisamente condensa las tres posibilidades que la pastilla representa en la poética de Rocío Silva Santisteban, la de las frustraciones por las diferencias de género (anticoncepción), la consciencia de las relaciones de poder que producen el insomnio (somniaferos), el rechazo al juicio social y la vivencia del cuerpo como una cárcel (ansiolíticos), lo que deriva en el deseo de huir del cuerpo y de la realidad:

me tomo una taza de café
y dos lexotanes
y dos urbadanes

y dos actífeds
y me vuelvo a tirar sobre las sábanas
me acurruco entre las frazadas
para no escuchar ni sentir

Aquí se presenta claramente la pulsión autodestructiva señalada por Vich, en el verso final “y quisiera apagar la luz / clic / para siempre”. En cambio, en el poema del mismo libro, “Los muertos duelen en la parte más profunda del paladar”, la voz poética menciona “Un par de pastillas rosadas y las cosas van en alza. Un trago, una cita, un beso furtivo, algo de sexo rápido y la ciudad empieza a despejarse”. Así como las pastillas, el culto al placer, el narcisismo, es el abismo al cual lanzarse para escapar del entorno y no pensar.

En conclusión, el uso de los fármacos por la voz poética femenina en la poesía de Rocío Silva Santisteban responde a un profundo sentido de frustración respecto de una identidad femenina que está en constante batalla con la sociedad, al sentirse limitada, juzgada y marginada por la circunstancia aleatoria de haber nacido mujer. La búsqueda de una sexualidad plena, libre de la reproducción, el anhelo de comunión afectiva con el otro, se ve constantemente boicoteada por las normas sociales a las que no se adscribe. Ello genera un sentimiento de desconexión y alienación con el propio cuerpo que se presenta como el enemigo, o con el hombre que “no se atreve a tropezar” con ella, por lo que la voz poética desea escapar de esa sujeción, adentrándose en el sueño, o huyendo de la realidad, haciendo que ésta se convierta en una mascarada rosa, soleada y feliz. Ese abismarse en la identidad, en conflicto con el cuerpo, con las relaciones que establece y con su entorno impiden que se desarrolle un sentido crítico que evite la salida de la autodestrucción por una salida alternativa, la construcción de un discurso político; lo cual es especialmente evidente en el poemario *Las hijas del terror*, por ubicarse en el contexto de la guerra interna. Como la crítica ha señalado, la poética de Rocío Silva Santisteban invita a una reflexión consciente de lo que significa ser mujer y los retos que ésta plantea en el camino de la utópica equidad de género.

Referencias

- Beltrán Peña, José. *Antología de la poesía peruana. Generación del 80*. Lima, s/e, 1990.
- Bermúdez, Silvia. “Sobre cuerpos y textos: *La escritura un acto de amor* y las mujeres poetas de la década de los ochenta”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXIII, N° 46, 1997, pp. 301-312. JSTOR, https://www.jstor.org/stable/4530942?seq=1#page_scan_tab_contents
- Forgues, Roland y Marco Martos. *La escritura un acto de amor*. Grenoble, Francia, Edicions det Tignahus, 1989.

- González Vigil, Ricardo. *Poesía peruana siglo XX. Tomo II: De los años '60 a nuestros días*. Lima, ediciones Copé, 1999.
- Grosz, Elizabeth. *Space, Time, and Perversion*. New York & London: Routledge, 1995.
- Héritier, Françoise. *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*. Buenos Aires: FCE: 2002.
- Koczkas, Anca. “A cada noche su píldora, a cada mujer su madrugada. Violencia y somníferos en “Asuntos circunstanciales” de Rocío Silva Santisteban”. *Venas negras: la poética de Rocío Silva Santisteban*. Editores Patricia Saldarriaga, et al. Lima: Paracaídas Editores, 2018. 55-67.
- Reisz, Susana. *Voces sexuadas. Género y poesía en hispanoamérica*. Madrid, Asociación Española de Estudios Hispanoamericanos, 1996.
- Silva Santisteban, Rocío. *Asuntos circunstanciales*. Lima: Lluvia Editores, 1984.
- . *Ese oficio no me gusta*. Lima, Copé, 1987.
- . *Mariposa negra*. 1993. Lima, Jorge Campodónica, 1998.
- . *Condenado amor*. Lima, Santo Oficio, 1996.
- . *Turbulencia*. Lima, estruendomudo, 2005.
- . *Las hijas del terror*. Lima, Copé, 2007.
- Vich, Víctor. *Voces del más allá de lo simbólico: ensayos sobre poesía peruana*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Rocío Silva Santisteban

Asuntos circunstanciales (*Asuntos circunstanciales*, 1984)

Cada noche cuando saco una píldora y me la trago tengo irremediabilmente que pensar en ti y al secarme la cara o mojarme los ojos para disimular un tanto las ojeras te vuelvo a pensar aún evitando distracciones no puedo dejar de escuchar tus pasos derrumbando el universo no puedo dejar de latir.

Cada noche soy y me reconozco debajo de las sábanas
debajo de la insistencia de volver a soñar y dormir tranquila sin baños termales
sin necesidad de recontar a las noventa y una ovejas y tener, al mismo tiempo, que pedirle permiso al pastor

yo no soy quien para ser más
ni menos

soy la exacta imagen del espejo, pero al revés
pero también descontando los segundos que fui cayendo y tú no te atreviste a tropezar conmigo
cada noche trato de hilar la maraña que fui y que seré si a un buen plazo puedo saldar las distancias
inimaginables, es cierto, pero posibles de enhebrar con un poco de esperanza
aún no caigo en el juego y ya estoy aterrada hasta la última carta
hasta la última hoguera que quizás nunca prenderé
lo he dicho y no hay remedio para tratar de impedirlo
a cada noche su píldora, a cada mujer su madrugada.

Larga marcha a través de la noche (*Turbulencia*, 2005)

4:15 am

como si tomara cicuta.

¿Qué pasaría si ahora te dejara?
¿correrías la lista y pasarías a la siguiente?
¿te movería 20 centímetros el piso?
¿arrojarías un pucho prendido sobre la acera?

Árbol de la esperanza
mantente firme.

4:45 a.m.

Y ¿qué pasaría si tú me dejaras?
¿volvería a hundirme en el silencio?
¿digitaría veloz las últimas penas?
¿enviaría correos para compartir la noticia?

Oscura como una noticia ambigua
algo que se balbucea en secreto sin mirar
apenas
una inquietud de futuro dañino
un querer no sufrir sufriendo.

Pienso por qué pienso todo esto
hay una ansiedad nerviosa que se desata negra
como la muerte misma
mi corazón sintiendo que tanta felicidad
es imposible
y que debe haber algo que me caiga
como un hacha para partirme el cuello.

Cierro los ojos: te imagino
y pienso que tanto es imposible
¿hay algo que debe castigarme
por ser feliz incesantemente?

Sácame de esto, no permitas...
no lo permitas
una cosa negra se adueña de mi razón
que desconoce la razón del amor y se paraliza

Un mensaje que no se responde
en medio de la noche oscura
ese el plomo que aguarda el cuello
al final de la sogá.

5:10 a.m.

El lucero de la mañana prendido en mi retina.
¿Te irán a gustar estas líneas?

Hubiera preferido un sone perfecto
para tu amor perfecto.

Pero la poesía asoma por las costuras del miedo
por donde una menos lo imagina.

El ruido de la ciudad, sordo y espeso
me despierta y despierta
todas las ansias dormidas, digamos
el fondo de la caja de nervios.

Vuelvo una vez más a estar
con lo más hondo de mí misma:
los miedos atravesando la noche larga
y la curva del lenguaje amortiguando el
desencuentro.

Amo la comunicación clara: el beso
y las piernas cruzadas bajo la mesa.

Amo la roca sólida: esa parte tuya
de mi lado del cuadro.

Amo la mano abierta: tu decisión
firme y la construcción del deseo.

Amo la fuente del sosiego y grito

Vade retro noche oscura
sal de mí sin ser notada
porque ahora más que nunca
amo estar de amores inflamada.

6:20 a.m.

Amanece el día: el ruido de una raqueta
se superpone al silencio espeso
y me pregunto quién me dejará este rastro
sobre el fondo de una luz tenue.

La ciudad pobre amanece más temprano
los perros, las vianderas, el ulular
de una sirena
las calles se desperezan lentamente
y yo aguardo la voz amada que me despierte.

Pero estoy con los ojos blancos desde las cuatro
y media
acompañando el paso lento de la noche
lo dije hace veinte años y otra vez lo repito
con similares temores y en diferentes
circunstancias
a cada noche su píldora, a cada mujer
su madrugada.

7:00 a.m.

Me miro en el espejo y sí me reconozco
—quisiera saludarme como a una vieja amiga—
en la misma postura incómoda que sirve
para poder escribir sobre la cama

Años cometiendo el mismo ejercicio
de exorcizar demonios con palabras
y veo los mismos ojos fijos
la puntiaguda mirada.

Ah, Rocío, Rocío, cuándo descubrirás
lo que dicen las palabras
aunque las evoques con toda la fuerza del
espíritu
aunque las hayas conquistado a templanza.

Vieja amiga, duerme, te aconsejo que gires los
ojos
a la luz
y déjame a mí vivir en el espejo, al revés,
conquistando los segundos que no te atreviste a
tropezar
conmigo.

Ay, Rocío, cabezcaliente, entrégate
a lo más valioso del amor
y déjame a mí el miedo, el ansia, el grito que
pretendes
ocultar bajo estas líneas.

Ayacucho, 20 de julio de 2005